

nas que no les gusta intervenir en nada, al ver con tanta insistencia repetido el fin laudable de dicha obra, aún que no les gustara ni les dejara muy satisfechos la intervención en dicha empresa de algún sugeto, acabaron por prestar su siempre valioso concurso yendo como iba presidida la comisión que iba á realizarla, por persona tan honrada y digna como lo es el Sr. D. Francisco Alesan, presidente del «Centro Católico» y abogado de este partido. Pues bien: vino el momento en que había de darse una prueba de los generosos sentimientos de los hijos de Granollers y de todos aquellos forasteros que sienten inclinación y aprecio á nuestra villa, tomando parte decidada al sorteo que se preparaba. Así fué en efecto. El entoldado y la Tómbola levantábanse en la plaza del Ganado, como todos sabemos. Nombradas las comisiones de rúbrica de señoritas que debían presidir, principiósse al sorteo, no sin antes haber amenizado el acto de apertura una orquesta. Ya estamos en el sorteo: ya venden números; ya se acaricia uno que otro objeto de los expuestos y de algún valor que lo había llevado allí la munificencia de algún buen patricio: sácanse *suertes* y más *suertes*; cómpranse números y más números y no más salen que *xiuletts* y *mirallets*, *bocadillos*, *pipas petites*, y tantas y tantas tonterías de valor 5 céntimos, que el público principia á aburrirse. Viene uno: á mí me ha tocado en suerte el número tantos... ¿á ver que me toca, que ha salido? Uno de la Comisión, uno de los Sres. que reparten los objetos favorecidos por la suerte, «este número no se halla, no hallamos el objeto. ¿Quiere (á capricho) una... *pipa*, un *timbalet* ó una *nina*?»

Otro: á mí la suerte me ha deparado el número tantos, á ver que me tocará, qué objeto van á brindarme. Los de la Comisión: «Caballero, el número no se halla; no está pegado á ningún objeto. ¿Quiere una guitarra, un pandero? no vayan á creer nuestros lectores que sean estos objetos serios. El que vale más vale 50 céntimos. Venga el pandero gritan ya cansados de todo ello. Raras veces salen objetos que valgan la pena. Y así va siguiendo, la cosa hasta que llega el mo-

mento en que un caracter por cierto pacífico muy conocido, se disgusta de tal manera que clama sobreexcitado y dice:—Señores, esto no puede continuar así, esto es insoportable. Yo he tomado parte á la suerte y esta se me ha quitado.—Armósse con todo ello una bronca fenomenal que no tuvo fatales consecuencias por tratarse de las personas de que se trataba. No obstante algún forastero también contrariado, pretendía ya llegar á las manos. A todo esto, los objetos de algún valor continuaban expuestos sin que la suerte hiciese se viese favorecido al que comprando números y más números gastaba el dinero y el tiempo.

Otro caso bueno también.

El Sr. Marimón fuese á la Tómbola y una vez allí compró ocho números, y ¿creerían nuestros lectores, que de los ocho á igual que unos forasteros que compraron diez no salió ninguno? Dijeron los señores encargados que no se hallaban; que se habían extraviado, y dijo más el señor Garrell, sugeto de la Comisión; dijo con flemma al Sr. Marimón, que no se *exaltara*, que no se *disgustara*, que si no se hallaban sus números, *le darían en premio, el objeto regalado del Sr. Planas y Casals*, dicho todo esto con descoco y befa, devolviéndole una *peseta* de las 8 que le costaban los números. Hay más: Como aquello se ve que era un *campo perdido* y Dios sabe lo que se ocultaba en el mismo, dióse la rareza de sacarse una suerte, un número de la *urna* y ¡oh fatalidad de las fatalidades! el encargado de distribuir los objetos, entregó el *bastón de paseo* de un señor de la Comisión, del Sr. Pous (a) *Carrencanel* que lo había dejado en un rincón de la Tómbola. ¡No llevaría número el bastón!!... claro que no. Con esto basta para formarse una idea de lo poco formal del juego, de las suertes de la Tómbola, pues se entregaba á capricho, quedando evidenciado que se echaba mano de lo que se *quería*, de lo que los señores de la Comisión *querían*. El bastón del señor Pous fué á parar quien sabe donde, pero que al fin volvió á su dueño gracias á los esfuerzos que él mismo hizo de adquirirlo nuevamente. Una pregunta: ¿qué *pito* tocaba el Sr. Ro-

mán á la Tómbola? ¿Con qué derecho entregaba objetos? Otras preguntas: ¿Porqué se acabaron los números y quedaron objetos sorteables y algunos, muchos, de valor? Para no incurrir en semejantes contrariedades ó disparates, bueno habría sido llevar un *registro* señores de la Comisión, oigánlo bien, un *registro*, un *catálogo* de los objetos, y así hubiesen ido bien guiados, pero *quía* que á veces no se piensa... Ahora no más falta que los gastos de preparación y viajes, *xirimbolos* y tinglado cuesten la mitad de lo que se haya recaudado, habiendo sido entregado á fin más alto. ¡Que lástima que todas las cosas de alguna importancia que se realizan en esta villa, acaben todas de la misma manera, en confusión y misterio! ¡Que no haya una alma caritativa que advierta á algunas buenas y delicadas personas, que en esta villa ciertas cosas son cuasi poco menos que imposibles. Que haya de repetirse siempre lo mismo, *lo de Santo Tomás, una vez y no más*, escarmentando á la gente. Ya lo sabíamos; ya se preveía el fin, el desenlace que todo esto ha tenido.

Ultimamente se ha zarandeado un asunto relativo á lo mismo, que podría dar mucho juego y es que cierta señorita que formaba parte de la *Comisión de señoritas*, que presidía el acto, se adjudicó á la ligera, así misma dicese, unos rosarios riquísimos y que al salir el verdadero número que tocó en suerte á un maestro de escuela de esta localidad, se halló en que ya no había el objeto y que lo guardaba dicha señorita.

Ha habido inteligencias para sofocar el hecho, ofreciéndose en lugar del rosario una regular cantidad de pesetas. No sabemos como ha concluido el hecho. Nos lo han comunicado. No nos hacemos solidarios de tal aserto pero lo creemos cierto.

Ha habido otro hecho también digno de notarse y es el que cierto sugeto sacó en suerte una imagen, del crucificado y al ver que el señor presidente D. Juan Alesan le entregaba un cristo, dijo aquel, con irreverencia y blasfemias, *que él no creía en aquellas cosas*, faltando con dicho lenguaje á todos los respetos.

¡Que calvario, Sr. Presidente! ¡que calvario, teniendo en cuenta sus sentimientos!